a tener en mucha reverencia, tanto, que después todos los señores principales la pusieron en los patios de sus casas, en muy encaladas peañas y cercos, y la adornaban (como queda dicho) con muchas, buenas y olorosas yerbas, rosas y flores, y allí hacían oración a los principios, cuando aun no tenían otras imágenes, ni oratorios, y allí se diciplinaban con la gente de su casa.

CAPÍTULO XXVIII. *De otros casos maravillosos sucedidos a la erección y levantamiento de la Santa Cruz*

N CHOLULLA, QUE ERA EL SANTUARIO de toda la tierra en aquellos tiempos, como entre nosotros los cristianos Roma, donde por grandeza habían levantado y hecho a mano un cerrejón tan grande que en trescientos años no lo pudieran edificar muchos millares de hombres, y hoy día está en pie (como decimos en otra parte) la mayor parte de él; encima, pues, de este cerro o monte, tenían un templo de el demonio, que los frailes derribaron y en su lugar pusieron una muy alta cruz. El año de 1594 se edificó en aquel lugar una ermita de Nuestra Señora de los Remedios, que con particular devoción es frecuentada de los indios, y está muy adornada y devota.

Un caso me sucedió a mí, en orden de levantar una cruz, en aumento de la fe y detestación de la idolatría, que contaré en este lugar, por ser de notar. Siendo guardián de el convento de Zacatlan, que le cae a esta ciudad de Mexico veinte y seis leguas a la parte de el norte, me dieron aviso cómo en una sierra alta què está en la comarca de tres o cuatro pueblos de su visita, se hallaban algunas cosas de superstición, y en especial me dijeron cómo habían hallado una piedra levantada, entre otras, que estaba vestida con una manta y que por allí a su derredor había algunas cosas de ofrenda, con que la ofrendaban. Informeme en secreto bien de el caso, y sabida la verdad di aviso a todos los pueblos de la visita, que son muchos y de lengua totonaca. Era una sierra alta, cuatro leguas de el dicho pueblo de Zacatlan, donde para poder subir hice que abriesen camino, porque en muchas no se podía pasar por la mucha breña que tenía, y mandé al fiscal de el pueblo de San Juan Ahuacatlan, que está una legua en lo bajo de esta sierra (que era el que me había dado el aviso), que tuviese la piedra adornada cuando yo llegase, como la habían visto para poderla mostrar de aquella manera a los indios. Hízose todo esto con mucha diligencia y fue el día que lo supe lunes, y el que había de ir había de ser sábado de mañana, y aunque la tierra en general toda es nebulosa, y carga muchas veces una neblina húmeda y aguanosa, hizo aquellos días muy enjutos y de muy claro sol, y anocheció el viernes con toda esta serenidad de tiempo; y yo muy gozoso de ver la buena ocasión que Dios me ofrecía de tiempo claro y sereno para ir a la defensa de su santa honra, dispúseme (aunque pecador)

lo mejor que pude, pidiendo al Señor aquella noche esforzase mi corazón para cualquier peligro y soltase mi lengua para predicar su palabra. Apercibí un compañero de los que tenía en casa, que se llama fray Pedro de Torres, pero como el demonio, que allí era honrado (aunque según pienso, de pocos, y muy en secreto) vio la determinación de mi pecho y conoció de mi ánimo, el que llevaba de abatirle y ultrajarle en presencia de sus cultores, ordenó (por permisión de Dios, que muchas veces así lo permite por sus ocultos y secretos juicios) que la serenidad y sosiego de la noche se convirtiese el sábado en una mañana obscura y de mucha agua, y era tanta que parecía imposible hacer la jornada, por ser la tierra muy áspera y montuosa y haber una barranca que pasar, para ir allá, de dos leguas, poco menos como quien sube y baja por una pared. Pero como para las cosas de la honra de Dios no ha de haber excusa, en especial si es en orden de granjearle alguna alma y defender el precio y estimación de su santísimo nombre, animé al compañero y ambos, confiando en Dios, nos pusimos en camino. Y para que más sea alabado le pongo por testigo de esta verdad que después que salimos de el convento fue creciendo la lluvia y llegó a tanto extremo, mientras más ibamos, que casi parecía la espesura de agua humo muy obscuro y negro, y nunca jamás cesó por un solo momento. De esta manera fuimos cuatro leguas, hasta llegar a un pueblo donde tenía apercibida toda la gente, para subir a lo alto; y aunque era cosa dificultosa por haber una legua de subida y la sierra ser áspera y fragosa, y la gente con poca ropa para defenderse del mucho rigor del agua y frío que hacía, los animé, y yo delante me fueron siguiendo todos.

El lugar donde la idolatría estaba era un empinado cabezo que la sierra hacía y muy espeso de bosque, y en medio de él estaba un montón de piedras que parecía haber sido de algún altar, en otro tiempo, y en medio de estas piedras estaba una, que sería poco más de media vara de largo y como una de tercia de ancho, y remataba a manera de pirámide o de pilón de azúcar, aunque no tan bien formado. Estaba cobijada con una manta de algodón, del tamaño de un pañizuelo de mesa, al uso que estos indios se cubren con sus mantas, y aunque no tenía cara parecía tenerla, mirándola de algo lejos. Tenía delante de sí un poco de copal, que es su incienso, y otras mantillas que debían de haberle ofrecido pocos días había. El espíritu que con su vista Dios me infundió no sé decirlo, sólo sé certificar que ayudado allí de su gracia no temiera a todo el infierno junto, y aunque todo el poder de los hombres se me opusiera, lo estimara en nada, porque como sea verdad que da lengua a los mudos, para que hablen en los tribunales de los reyes, osada y sabiamente, así también lo es que fortifica corazones para ir contentos por todos los riesgos y peligros que el mundo ofrece a los que se sacrifican en defensa de su nombre. Tomé a dos manos una piedra grande y pesada, y vuelto a los que me seguían (que ya estaban arriba casi todos) dije: Hombres, cristianos, ¿cuál de vosotros adóra esta piedra por dios? Y si lo tenéis por dios defenderle o decidle que se libre de mis manos; y arrojándole la piedra, con el mayor golpe que pude, la hice ir por el cabezo abajo hecha muchos pedazos. Y confieso que aunque

fue mucha la fuerza que puse para ofender al enemigo, no fue mi fuerza la que la quebró, sino el enojo de Dios que vido su deidad puesta y fingida en un guijarro.

A este hecho mirábanse los indios unos a otros, y sin pestañear quedaron elevados; diles voces, y alentados los más de ellos ayudáronme a desmontar el lugar, siendo mi compañero y yo los primeros, y con hachas en las manos hicimos una grande plaza en breve rato. Limpio ya el lugar y escombrado hicimos una cruz del árbol más alto que hallamos, y cantando el himno de *Vexilla regis prodeunt fulget crucis mysterium,* la levantamos en alto y pusimos en el lugar donde el ídolo antes estaba. Y cabamos todo el sitio del altar de donde sacamos mantillas de algodón, sanas y podridas, mucho copal añejo y fresco, pelotas de uli (que es una resina que decimos en otra parte con que embijaban y untaban las caras de los ídolos) y algunos reales mohosos, que debía de ser toda esta ofrenda antigua, y unas pocas de candelillas frescas, y más de cincuenta o sesenta idolillos de diversas piedras y figuras, los cuales llevé al Capítulo provincia que se celebró en Cholulla, poco después de haber pasado este caso, para enseñarles a los religiosos, y para decirles que aunque la idolatría está destruida en general, no deja de haber algún rastro de ella en particular, especialmente en alguna parte de lo que llamamos sierra, por ser la tierra apropiada para cualquier cosa de éstas, así por sus montañas como por su soledad.

Lo que más quiero encarecer en esto no es lo dicho sino que todo se hizo con tanto rigor de el tiempo que parecía (y cierto que al que no tubiera mucha fe le pareciera) que lo que se hacía era contra justicia y razón; porque comenzó el día tempestuoso y mientras más fue entrando y nosotros caminando fue creciendo el agua; y cuando comenzamos a subir la sierra fue tanto lo que se espesó el agua que antes de llegar a lo alto ya íbamos mojados hasta las carnes. Y porque se vea la mano que permite Dios, que algunas veces el demonio tome en cosas de su gusto, fue tanta la que mostró tener en este caso que luego que quebré el ídolo y comenzamos a desmontar el lugar, se fue espesando la niebla en tanta manera que cuando levantamos la cruz en alto, no nos veíamos unos a otros; y aunque llevaba intención de decir misa allí, no pude, y aún estaba bien turbado en ver lo que pasaba, porque se me representaba que si había alguno presente de los que a la piedra tenían por Dios, se había de fortalecer más en su creencia, pareciéndole que hacía todo aquello en su defensa su dios. Prediqué a la gente con toda aquella agua, y diles a entender la falsedad del guijarro, lo que podía tener Dios por causa motiva de aquella obscurana y agua; y con esto nos bajamos y quiso el Señor que estando ya en lo bajo de la sierra, al entrar del pueblo, cesó el agua y comenzó a aclarar el día; de donde tomé motivo de predicarles a los indios otra vez, diciéndoles la licencia que Dios habría dado al demonio para mover aquella tempestad, para procurar estorbar aquel cristiano y necesario acto; y que aunque hiciese todo su poder para salir vencedor había de quedar vencido y que no había de prevalecer, como tampoco prevaleció contra Job, aunque tuvo de Dios licencia para perseguirle; y que así como tras de la tempestad viene la

bonanza así, ni más ni menos, detrás de tanta contradición había sido su santo nombre alabado y su santísima cruz levantada, como lo está el día de hoy, y es vista de muy lejos, por ser la sierra muy alta y empinada. Dios sea bendito que la dejó poner, al cual supliquemos la conserve pera su santísimo servicio.

En el puerto de Quauhtochco, que nuestros castellanos llaman Guatulco, que es en la Mar del Sur, viniendo de el Perú a esta Nueva España, y le cae a esta ciudad de Mexico ciento y cincuenta leguas, entre el mediodía y el oriente, y es del obispado de Antequera, por otro nombre Guaxaca, había una cruz de madera muy olorosa, de cinco brazas de largo, la cual no se sabe quién allí la hubiese puesto, y piensan algunos que alguno de los apóstoles y que fue San Andrés; y fundan este parecer en decir que aquella suerte y olor de palo no lo hay por toda aquella tierra, en contorno de cuarenta leguas; pero que esto no sea probable es muy claro, por lo que dejamos dicho en otra parte, mayormente que el glorioso apóstol San Andrés no predicó por partes de Indias, como de su historia se sabe. Lo que tengo por muy verisímil, y aun por verdadero, es que nuestro glorioso padre fray Martín de Valencia la levantaría cuando entró por aquella tierra, queriendo hacer jornada por mar a la China (como decimos en su historia), porque allí se hicieron los navíos, aunque por abromarse no tuvo efecto la jornada; y dado caso que no fuese él, sería alguno de sus compañeros, que luego que llegaron a la tierra se repartieron por ella, hasta encontrar con los mares del Norte y Sur; o si no, es de creer que alguno de nuestros españoles la pondrían, como hicieron en otras muchas partes de estos reinos; pero séase esto o esotro, lo cierto es que aquella santa cruz permaneció en aquel lugar por muchos años, hasta el que entró el inglés por aquel Mar del Sur y salió a tierra y saqueó el puerto y maltrató la gente que lo moraba.

Apoderados los enemigos de nuestra santa fe católica del dicho puerto, como gente sin luz y ciegos, con el aborrecimiento que tienen a las imágenes, destruían todas las que podían haber a las manos, y viendo enhiesta esta alta y hermosa cruz, quisieron quemarla, para lo cual la derribaron y untándola con brea para que mejor y más fácilmente ardiese, la cubrieron con chamiza y diéronla fuego. Comenzó a arder la chamiza fuertemente, ayudada de la brea que más aviva la llama, pero por más fuego que había la santa cruz no se quemaba; los herejes airados aumentaban fuego, rendidos de el de su ira; pero el poder de Dios (cuya fuerza es infinita) no consentía que aquel santo madero se abrasase. Esto duró por tres días que el enemigo estuvo en aquel puerto y los nuestros se habían ido a los montes. Ido el enemigo y vuelta la gente a él, fueron al lugar donde humeaba el fuego que sobre la santa cruz se había encendido; y apartando la brasa y ceniza de que estaba cubierta, la hallaron entera y sana y sin lesión alguna, muy hermosa y resplandeciente sin que el fuego continuo de tres días la ofendiese. Viendo los católicos el conocido milagro, postrados en tierra, la adoraron y dieron gracias a Dios con muchas lágrimas por haberse servido de haber mostrado su poder en defender aquel santo madero.

Fue luego público el caso y muy divulgado el milagro de la santa cruz y corrió la fama de él, no sólo por la tierra comarcana del dicho puerto, sino hasta llegar a los muy remotos y apartados de el Perú, y venían a verla y todos los que podían la desastillaban y llevaban de sus reliquias; y afirmaban que en muy grandes tormentas y tempestades que habían tenido en el mar se habían librado echando una pequeña astilla de esta santa reliquia en él, porque conocían luego pacificarse y quietarse las aguas y quedar sosegadas y ellos libres del peligro. Los vecinos de por allí tienen por singular medicina en todos sus males esta santa reliquia, porque en diversas enfermedades echándola en agua y dándola a beber a los enfermos han sanado; por esta causa la iban consumiendo y cortando hasta dejarla del tamaño de sola una braza; lo cual sabido por don Juan de Cervantes, obispo de aquel obispado, temiendo que la memoria de tan santa reliquia no faltase, ordenó de traerla a la ciudad de Guaxaca o Antequera, donde le edificó una muy buena capilla, y colocó en ella con grande veneración y acompañamiento de gente que concurrió a la colocación y fiesta que se le hizo. En este lugar está, y en él obra Dios muchos milagros, por virtud de ella.

De los que se han tomado testimonios jurídicamente (entre otros) es uno, que cierto vecino de la dicha ciudad teniendo una astilla de este santo madero sobre un escritorio, se cayó en el suelo, y barriendo el aposento una moza llevaba entre la basura la reliquia y echóla en el fuego, y milagrosamente la reliquia saltó de él y cayó afuera de la llama; volvióla a echar en él la criada y sucedió lo que la primera vez; y volviendo a echarla tercera, sucedió lo mismo. Ella, espantada, dio voces y llamó a su amo, el cual vino y conociendo la reliquia se la llevó y puso en mejor cobro, confesando su descuido y dando gracias a Dios que obraba semejantes milagros.

Quemándose el pueblo de el Río Hondo (beneficio de clérigos, cuyas casas son todas pajizas) encendíase más el fuego con un recio viento que corría; y habiéndose ya quemado más de treinta, sin poderlo remediar, llegó a la de el vicario, beneficiado, que con miedo de perder lo que dentro tenía hacía sus diligencias por apagarle. Viendo, pues, que eran en vano, volvióse a Dios que le favoreciese y acordóse que traía al cuello esta santa reliquia, y quitándosela la arrojó en medio de las encendidas y bravas llamas y luego al punto cesó y se apagó; cosa que causó admiración y espanto, y se conoció el patente y manifiesto milagro que Dios hizo en aquel pueblo.

Estando una mujer de parto, se le murió la criatura en el cuerpo (cosa tan de riesgo y peligrosa para las que paren), y estando la comadre sin esperanza de su vida, y porque le parecía que era imposible echarla, le dio a beber en agua parte de esta santa reliquia y luego al punto despidió la criatura muerta y ella quedó libre y en breve sana.

Estando una mujer ahogándose con mal de esquinencia, y al parecer muy peligrosa y sin remedio humano, le pusieron en la garganta una pequeña cruz de este milagroso palo y le dieron a beber otro poco en agua, y luego sanó del mal y fue conocido el milagro.

Una india estaba con unas tercianas dobles y había tiempo que las pade-

cía y no hallaba remedio para sanar de ellas; y con la fe que a esta santa reliquia tenía tomó un poco de su palo y echólo, en agua y cuando le quiso dar el frío de la terciana se la bebió, y luego quedó sana sin que más le viniese la calentura.

De este género son infinitos, casi, los milagros que obra Dios por esta santa reliquia, y así es tenida en grande veneración de todos; y el que puede haber una pequeña parte de esta reliquia lo tiene a muy gran beneficio. Sea Dios alabado que siempre nos favorece con su misericordia. Amen.